

Henri J.M. Nouwen

*Con
el corazón
en ascuas*

*Meditación sobre
la vida eucarística*

El ya consagrado autor espiritual contemporáneo HENRI J. M. NOUWEN nos ofrece una profunda y hermosa reflexión sobre el significado de la Eucaristía para nosotros y nuestras comunidades. Mientras que las fuentes originales relatan una dimensión de la experiencia cristiana, Nouwen descubre que el conocimiento derivado de reflexiones posteriores ya no basta en un mundo como el nuestro, que cambia tan rápidamente. Lo que necesitamos es establecer la conexión entre celebrar la Eucaristía y vivir una «vida eucarística».

Con el corazón en ascuas trata de conseguir una comprensión más amplia de la Eucaristía a través de la historia de los discípulos que iban a Emaús desde Jerusalén tras la crucifixión (Lc 24,13-35). No sabían que viajaban con Cristo resucitado hasta que lo reconocieron en la fracción del pan. Maravillados, se dijeron unos a otros: «¿No ardían nuestros corazones mientras nos hablaba...?». Esta historia refleja el orden de la celebración eucarística: acudir juntos con nuestros quebrantos ante Dios, escuchar la Palabra, profesar nuestra fe, ofrecer el alimento e ir a renovar la faz de la Tierra como Jesús les ordenó.

Henri J. M. Nouwen nos muestra cómo el acontecimiento de la Eucaristía es intensamente humano y revela lo más profundo de la experiencia humana: la pérdida y la tristeza, la atención y la invitación, la intimidad y el compromiso.

Para Michael Harank y para todos cuantos viven
y trabajan en la *Bethany House of Hospitality*,
un hogar de la «Catholic Worker» en Oakland,
California, para personas sin hogar enfermas de sida.

Agradecimientos

Este libro fue escrito en Chobham, Inglaterra, y en Sacramento, California. *Bart* y *Patricia Gavigan* me ofrecieron su preciosa casa de campo, próxima al centro de conferencias de Brookplace, y *Frank Hamilton* me permitió usar su acogedora casa en la Base de las Fuerzas Aéreas en Beale. Les estoy profundamente agradecido, no sólo por comprender mi necesidad de un lugar tranquilo, sino también, y sobre todo, por su amistad y su apoyo.

Mi agradecimiento especial a *Kathy Christie* y *Conrad Wieczorek* por su competente ayuda en la realización material de esta obra; a *Sue Mosteller* y *Douglas Wiebe* por sus acertados comentarios sobre el primer borrador; y a mi editor, *Robert Ellsberg*, por su apoyo personal, sus muchas e interesantes sugerencias y su entusiasmo, que me ayudaron a llevar a término este pequeño libro.

Lo he escrito, simplemente, porque quería hacerlo. Aunque nadie me lo había pedido, sentía desde hacía mucho tiempo la necesidad de trasladar al papel pensamientos y sentimientos sobre la Eucaristía y la vida eucarística que bullían en mi mente y en mi corazón. Al ir dando a conocer tales pensamientos y sentimientos en charlas y conferencias, sentí el creciente deseo de plasmarlos por escrito para ofrecérselos a todos cuantos buscan una espiritualidad arraigada en la Eucaristía.

Espero que quienes lean estas páginas encuentren en ellas un nuevo refrigerio en su camino hacia Dios.

Introducción

Todos los días celebro la Eucaristía. Unas veces en mi parroquia, ante cientos de personas; otras en la capilla del Amanecer, con los miembros de mi comunidad; ocasionalmente, en una habitación de hotel con unos cuantos amigos; y otras veces en el salón de la casa de mi padre, solos él y yo. Muy pocos días pasan sin que yo diga: «Señor, ten piedad»; sin mis lecturas diarias y las correspondientes reflexiones; sin pronunciar la profesión de fe; sin compartir el cuerpo y la sangre de Cristo; sin una oración para que el día sea fructífero y propicio...

Sin embargo, no dejo de preguntarme: ¿Sé lo que estoy haciendo? ¿Saben en qué están participando los que se encuentran conmigo alrededor de la mesa? ¿Sucede realmente algo que influya en nuestra vida diaria, aunque nos resulte tan familiar? ¿Y qué decir de los que no están allí con nosotros? ¿Saben lo que es la Eucaristía, la desean o, al menos, piensan alguna vez en ella? ¿Qué relación guarda esta celebración diaria con la vida cotidiana de los hombres y mujeres normales y corrientes, estén presentes o no? ¿Es algo más que una hermosa ceremonia, un rito consolador o una cómoda rutina? Y, finalmente, ¿proporciona la Eucaristía esa vida que tiene el poder de vencer a la muerte?

Todas estas preguntas son muy reales para mí, y siento una constante necesidad de responderlas. Y naturalmente que lo he hecho, aunque las respuestas no parecen tener demasiada consistencia en este mundo en constante cambio. La Eucaristía da sentido a mi existencia en el mundo; pero, a medida que el mundo cambia, ¿sigue la Eucaristía

dándole sentido? He leído sobre la Eucaristía muchos libros escritos hace diez, veinte, treinta y hasta cuarenta años. Y, aunque todos ellos contienen ideas muy profundas, ya no me ayudan a experimentar la Eucaristía como el centro de mi vida. Las preguntas de siempre vuelven una y otra vez: ¿cómo puede ser eucarística toda mi vida y cómo puede la celebración diaria de la Eucaristía ayudarme a conseguirlo? Tengo que dar con mi propia respuesta, sin la cual la Eucaristía puede no ser más que una bella tradición.

Estas páginas intentan hablarme a mí mismo y a mis amigos de la Eucaristía y urdir una red de conexiones entre la celebración diaria de la Eucaristía y nuestra experiencia diaria como seres humanos. Comenzamos cada celebración con el corazón contrito y rezando el *Kyrie Eleison*. Escuchamos la Palabra —las lecturas bíblicas y la homilía—, profesamos nuestra fe, ofrecemos a Dios los frutos de la tierra y del trabajo de los hombres y recibimos de Dios el cuerpo y la sangre de Jesús, y finalmente somos enviados al mundo con la tarea de renovar la faz de la tierra. El acontecimiento eucarístico revela las más profundas experiencias humanas, como la tristeza, la atención a los demás, la invitación, la intimidad y el compromiso. Resume la vida que estamos llamados a vivir en el Nombre de Dios. Sólo cuando reconocemos la riquísima red de conexiones entre la Eucaristía y nuestra vida en el mundo, puede aquélla ser «mundana», y nuestra vida «eucarística».

Como base de mis reflexiones sobre la Eucaristía y la vida eucarística utilizaré la historia de los dos discípulos que iban camino de Emaús y regresaron a Jerusalén. Al ser una historia que habla de pérdida, de presencia, de invitación, de comunión y de misión, contiene los cinco principales aspectos de la celebración eucarística.

Los cinco aspectos mencionados constituyen en su conjunto una dinámica: la que consiste en pasar del resentimiento a la gratitud, es decir, de un corazón endurecido a un corazón agradecido. Mientras que la Eucaristía expresa

esta dinámica espiritual de un modo muy sucinto, la vida eucarística nos invita a experimentarla y afirmarla en cada instante de nuestra existencia diaria. En estas páginas espero desarrollar los cinco pasos que van del resentimiento a la gratitud, de tal manera que quede claro que lo que celebramos y lo que estamos llamados a vivir son, en esencia, una misma cosa.

El camino de Emaús

AQUEL mismo día, iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que distaba unos once kilómetros de Jerusalén, y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado. Mientras ellos conversaban y discutían, Jesús los alcanzó y se puso a caminar con ellos. Pero estaban incapacitados para reconocerlo. Jesús les preguntó: «¿De qué vais conversando por el camino?».

Ellos se detuvieron con semblante afligido, y uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no se ha enterado de lo acaecido allí estos días?». Él les preguntó: «¿De qué?». Y le contestaron: «De lo de Jesús Nazareno, que era un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo; de cómo los sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y de cómo lo crucificaron. ¡Y nosotros que esperábamos que iba a ser él el liberador de Israel...! Pero, encima, hoy es el tercer día desde que sucedió. Es verdad que unas mujeres de nuestro grupo nos han alarmado, porque, yendo de madrugada al sepulcro, y al no encontrar su cadáver, volvieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles que les habían dicho que él estaba vivo. También algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo encontraron como habían contado las mujeres; pero a él no lo vieron».

Entonces Jesús les dijo: «¡Qué necios y torpes para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No tenía el Mesías que padecer todo eso para entrar en su gloria?». Y comen-

zando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó todo lo que se refería a él en la Escritura.

Cerca ya de la aldea adonde se dirigían, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le insistieron diciendo: «Quédate con nosotros, que se hace tarde y el día va ya de caída». Y él entró para quedarse.

Y mientras estaba a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y ellos comentaron: «¿No estaba nuestro corazón en ascuas mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras...?».

Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once con los demás compañeros, que decían: «¡Era verdad: el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!». Ellos, por su parte, contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

(Lucas 24,13-35)

1. Lamentar la pérdida

«Señor, ten piedad»

Dos personas caminan juntas. Por su manera de andar, se puede ver que no son felices: la cabeza gacha, los hombros hundidos, el paso cansino... Ni siquiera se miran el uno al otro. De vez en cuando, uno de ellos dice algo, pero sus palabras no van dirigidas a nadie y se desvanecen en el aire como sonidos inútiles. Aunque siguen un camino ya trazado, no parecen tener ninguna meta. Regresan a su hogar; pero el hogar ya no es tal hogar. Sencillamente, no tienen otro sitio adonde ir. El hogar se ha convertido en vacío, desilusión, desesperación...

Apenas pueden imaginar que sólo unos años atrás habían conocido a alguien que había cambiado sus vidas; alguien que había interrumpido radicalmente su rutina diaria y había dado una nueva vitalidad a cada parcela de su existencia. Ellos habían abandonado su aldea para seguir a aquel extraño y a sus amigos, y habían descubierto toda una nueva realidad oculta tras el velo de sus actividades cotidianas; una realidad en la que el perdón, la reconciliación y el amor ya no eran meras palabras, sino fuerzas que tocaban el centro mismo de su humanidad. El extraño de Nazaret lo había hecho todo nuevo: les había convertido en personas para las que el mundo ya no era una carga, sino un desafío; ya no era un campo de minas, sino un lugar de infinitas posibilidades. Había traído paz y alegría a su experiencia cotidiana. ¡Había convertido su vida en una danza!

Pero ahora había muerto. Su cuerpo, que irradiaba luz, había sido destrozado por las manos de sus torturadores. Sus miembros habían sido descoyuntados por los instrumentos de la violencia y el odio, sus ojos se habían convertido en cuencas vacías, sus manos habían perdido la fuerza, y sus pies la firmeza. Se había convertido en un «don nadie» de tantos. Todo había quedado en nada... Le habían perdido; pero no sólo a él, sino que, juntamente con él, se habían perdido a sí mismos. La energía que había llenado sus días y sus noches les había abandonado por completo. Se habían convertido en dos seres humanos perdidos que caminaban hacia su hogar sin tener hogar, que regresaban hacia lo que se había transformado en un triste y oscuro recuerdo.

En muchos aspectos, nosotros somos como ellos. Y lo comprendemos cuando nos atrevemos a mirar en el centro mismo de nuestro ser y descubrimos nuestro extravío: ¿no estamos también nosotros perdidos?

Si hay una palabra que resuma nuestro dolor, es la palabra «pérdida». ¡Hemos perdido tanto...! A veces parece incluso que la vida no es más que una interminable serie de pérdidas. Cuando nacemos, perdemos la segura protección del seno materno; cuando empezamos a ir a la escuela, perdemos la tranquila seguridad de la vida familiar; cuando conseguimos nuestro primer trabajo, perdemos la libertad de la juventud; cuando contraemos el matrimonio o las órdenes sagradas, perdemos otra serie de posibilidades y opciones; y cuando envejecemos, perdemos nuestro buen aspecto, a nuestros viejos amigos y nuestro prestigio profesional. Cuando enfermamos o nos debilitamos, perdemos nuestra independencia física; y cuando morimos... ¡lo perdemos todo! ¡Y estas pérdidas forman parte de nuestra vida ordinaria! Pero ¿quién tiene una vida ordinaria? De hecho, las pérdidas que se instalan profundamente en nuestros corazones y en nuestras mentes son la pérdida de la intimidad por culpa de la separación; la pérdida de la segu-

ridad por culpa de la violencia; la pérdida de la inocencia por culpa del abuso; la pérdida de la amistad por culpa de la traición; la pérdida del amor por culpa del abandono; la pérdida del hogar por culpa de la guerra; la pérdida del bienestar por culpa del hambre, el calor o el frío; la pérdida de los hijos por culpa de una enfermedad o un accidente; la pérdida del país por culpa de una revuelta política; la pérdida de la vida por culpa de un terremoto, una inundación, un accidente aéreo, un acto terrorista o una enfermedad...

Quizá muchas de estas pérdidas nos parezcan lejanas a la mayoría de nosotros, que tal vez nos enteramos de ellas a través de la prensa y la televisión; pero nadie puede escapar a las angustiosas pérdidas que forman parte de nuestra existencia diaria: la pérdida de nuestros sueños. Durante mucho tiempo nos habíamos creído personas afortunadas, apreciadas y profundamente queridas; habíamos aspirado a vivir una vida de generosidad, servicio y abnegación; nos habíamos propuesto ser compasivos, atentos y benévolos; habíamos soñado con ser personas conciliadoras y pacificadoras... Pero de algún modo —ni siquiera estamos seguros de cómo ocurrió— perdimos estos sueños... y resultamos ser personas preocupadas, angustiadas, aferradas a lo poco que teníamos e incapaces de hablar con los demás de otra cosa que no fueran los escándalos políticos, sociales y eclesiales de cada día. Esta pérdida de espíritu es muchas veces la pérdida más difícil de reconocer y de confesar.

Pero, por encima de cualesquiera otras pérdidas, está la pérdida de la fe: la pérdida del convencimiento de que nuestra vida tiene sentido. Durante un tiempo fuimos capaces de sobrellevar nuestras pérdidas e incluso de afrontarlas con entereza y perseverancia, porque las experimentábamos como pérdidas que acabarían acercándonos a Dios. El dolor y el sufrimiento eran soportables porque los considerábamos como un medio de poner a prueba nuestra

fuerza de voluntad y hacer más profunda nuestra convicción.

Pero, a medida que envejecemos, descubrimos que lo que nos sirvió de apoyo durante tantos años —la oración, el culto, los sacramentos, la vida comunitaria y la clara conciencia de ser guiados por el amor de Dios— ha perdido su utilidad para nosotros. Las ideas acariciadas durante tanto tiempo, las mortificaciones pacientemente practicadas y las formas tradicionalmente reconocidas de celebrar la vida ya no calientan nuestro espíritu, y ya no comprendemos cómo ni por qué nos sentíamos tan motivados. Recordamos los tiempos en los que Jesús era tan real para nosotros que ni siquiera nos cuestionábamos su presencia en nuestras vidas. Él era nuestro más íntimo amigo, nuestro consejero y nuestro guía; él nos proporcionaba consuelo, valor y confianza. Podíamos hasta sentirlo, gustarlo y tocarlo... ¿Y ahora? Ahora ya no pensamos demasiado en él; ya no estamos deseosos de pasar largas horas en su presencia; ya no experimentamos ese sentimiento especial hacia él. Incluso nos preguntamos si será algo más que un personaje de un libro de cuentos. Muchos de nuestros amigos se ríen de él, se burlan de su nombre o, simplemente, le ignoran. Poco a poco, hemos llegado a la conclusión de que también para nosotros se ha convertido en un extraño... De algún modo, lo hemos perdido.

No pretendo sugerir que todas estas pérdidas nos afecten a todos y cada uno de nosotros. Pero, a medida que caminamos juntos y nos escuchamos unos a otros, no tardamos en descubrir que muchas de ellas, si no la mayoría, forman parte del camino, el nuestro o el de nuestros compañeros.

¿Qué hacemos con nuestras pérdidas? (ésta es la primera pregunta que hemos de afrontar): ¿tratamos de ignorarlas?; ¿seguimos viviendo como si no fueran reales?; ¿se las ocultamos a quienes nos acompañan en el camino?; ¿tratamos de convencer a los demás o a nosotros mismos de que

nuestras pérdidas son poca cosa en comparación con nuestras ganancias?; ¿culpamos a alguien de ellas?... La verdad es que algo de eso hacemos casi siempre, aunque tenemos otra posibilidad: lamentarlo. Sí, debemos lamentar nuestras pérdidas. No podemos impedir las por más que hagamos o hablemos, pero sí podemos verter lágrimas y afligirnos por ellas. Una aflicción que consiste en permitir que nuestras pérdidas nos arrebaten la sensación de protección y seguridad y nos conduzcan a la dolorosa verdad de nuestra imperfección. La aflicción nos hace experimentar el abismo de nuestra propia vida, en la que nada está establecido ni hay nada claro y evidente, sino que todo está moviéndose y cambiando constantemente.

Y al sentir el dolor de nuestras pérdidas, nuestros corazones afligidos nos hacen abrir los ojos interiores a un mundo en el que se sufren pérdidas que exceden con mucho nuestro reducido mundo de la familia, los amigos y los colegas. Es el mundo de los presos, los refugiados, los enfermos de sida, los niños que mueren de hambre y los innumerables seres humanos que viven atezados por el miedo. Entonces el dolor de nuestros gimoteantes corazones nos conecta con el llanto y los gemidos de una humanidad que sufre. Y nuestro lamento se hace aún mayor que nosotros mismos.

Pero en medio de todo ese dolor se alza una voz realmente extraña, llamativa y sorprendente. Es la voz del que dice: «Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados». Ésta es la inesperada noticia: nuestra aflicción encierra una bendición oculta. ¡No son objeto de bendición los que consuelan, sino los que sufren! De algún modo, a pesar de nuestras lágrimas, hay un regalo escondido. De algún modo, a pesar de nuestros lamentos, se dan los primeros pasos de la danza. De algún modo, el dolor que nos ocasionan nuestras pérdidas es parte de nuestros cantos de agradecimiento.

Llegamos a la Eucaristía con el corazón roto por muchas pérdidas, las nuestras y las del mundo. Como los dos discípulos que caminaban de regreso a su aldea, decimos: «Nosotros esperábamos..., pero hemos perdido la esperanza, y en su lugar han sobrevenido la tortura y la muerte». Nuestras cabezas ya no pueden mantenerse erguidas y mirando al frente, sino abatidas por el desánimo e inclinadas hacia el suelo.

Así es como se inicia el viaje. La cuestión es si nuestras pérdidas dan lugar en nosotros al resentimiento o al agradecimiento. Y lo cierto es que muchos optan por lo primero. Cuando uno se ve sacudido por una pérdida tras otra, es muy fácil convertirse en una persona desilusionada, airada, amargada y cada vez más resentida. Cuanto más viejos nos hacemos, tanto más fuerte es la tentación de decir: «La vida me ha engañado; ya no hay para mí futuro ni motivo alguno de esperanza; lo único que me queda es defender lo poco que tengo, para no perderlo todo...».

El resentimiento es una de las fuerzas más destructivas que hay en la vida. Es una fría ira que se instala en el centro mismo de nuestro ser y endurece nuestros corazones, pudiendo llegar a convertirse en una forma de vida que impregne de tal modo nuestras palabras y nuestras obras que ya no lo reconozcamos como tal.

Muchas veces me pregunto cómo sería mi vida si no hubiera ningún resentimiento en mi corazón. Estoy tan acostumbrado a hablar de las personas que no me gustan, a recordar cosas que me han hecho daño y a actuar con recelo y con temor, que ya no sé cómo sería mi vida si no hubiera en ella nada de lo que quejarme ni nadie a quien culpar. Mi corazón tiene aún muchos rincones que esconden mis resentimientos, y me pregunto si de veras querría vivir sin ellos. ¿Qué haría yo sin esos resentimientos? Por otra parte, hay muchos momentos en la vida en los que tengo la oportunidad de alimentarlos: antes incluso de desayunar, ya me he visto asaltado por sentimientos de sospecha y de envi-